

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Izquierda nacional, peronismo de izquierda y usos del pasado.

María Elena García Moral.

Cita:

María Elena García Moral (2015). *Izquierda nacional, peronismo de izquierda y usos del pasado*. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/595>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Izquierda nacional, peronismo de izquierda y usos del pasado.

María Elena García Moral (FCS y FFyL – UBA)

maegm@yahoo.com.ar

RESUMEN: El objetivo de la presente ponencia es problematizar las relaciones entre la llamada izquierda nacional y el peronismo de izquierda en el período 1955-1976, a la luz de sus representaciones del pasado nacional. Para ello se seleccionaron una serie de autores (Jorge Abelardo Ramos, Jorge E. Spilimbergo, Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano, Juan José Hernández Arregui, Norberto Galasso, Ernesto Laclau, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo L. Duhalde) y obras representativas, y se consideraron tres momentos claves en dichas relaciones: un primer momento, caracterizado como de encuentros y convergencias en torno al derrocamiento del primer peronismo; un segundo momento, identificado como de controversias y disidencias a comienzos de los años sesenta; y, un tercer y último momento, descrito como de definiciones y ruptura desde mediados de la misma década. En buena medida, la trayectoria de los autores, sus obras y los momentos muestran que también se pueden tensionar sus identidades y las relaciones entre sus posiciones políticas e historiográficas: en general, los realineamientos y distanciamientos políticos no conllevaron giros historiográficos inmediatos aunque tampoco faltaron excepciones.

PALABRAS CLAVE: Izquierda – Peronismo – Nacionalismo – Historiografía – Argentina.

1. Introducción

En el caso argentino no hay conformidad ni uniformidad conceptual ni taxonómica para dar cuenta de una serie de expresiones político-culturales e historiográficas que vieron la luz a partir de la irrupción del peronismo, y que fueron animadas por disidentes de las izquierdas tradicionales y/o por quienes buscaban instituir una tradición propia a través de la diferenciación y contraposición respecto de estas últimas. Entre las denominaciones más empleadas se pueden alistar las de “izquierda nacional”, “nacionalismo de izquierda”, “revisiónismo de izquierda”, “revisiónismo histórico socialista”, “neorrevisiónismo”, “nacionalismo popular y/o revolucionario”, “izquierda peronista” y “nueva izquierda”. Ciertamente, algunas de estas etiquetas fueron creadas u adoptadas por sus propios cultores y, en algunos casos, ni siquiera hay acuerdo sobre su paternidad.¹

¹ En el análisis nos distanciamos de aquellas perspectivas que relacionan sin más la labor de los autores comúnmente inscriptos en la izquierda nacional con el llamado revisionismo histórico. Aunque se estudian los itinerarios de algunas figuras que se acercaron al revisionismo, Fernando Devoto ya ha ofrecido argumentos en contra de su unicidad y continuidad. F. Devoto, “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”, en F. Devoto y N. Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 107-131.

El objetivo de la presente ponencia es problematizar las relaciones entre la llamada izquierda nacional y el peronismo de izquierda en el período 1955-1976, a la luz no de sus estrategias y posicionamientos político-ideológicos sino de sus representaciones del pasado nacional. Para ello se seleccionaron una serie de autores (Jorge Abelardo Ramos, Jorge E. Spilimbergo, Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano, Juan José Hernández Arregui, Norberto Galasso, Ernesto Laclau, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo L. Duhalde) y obras representativas, y se consideraron tres momentos claves en dichas relaciones: un primer momento, caracterizado como de encuentros y convergencias en torno al derrocamiento del primer peronismo; un segundo momento, identificado como de controversias y disidencias a comienzos de los años sesenta; y, un tercer y último momento, descrito como de definiciones y ruptura desde mediados de la misma década.

2. Encuentros y convergencias

Tras el derrocamiento de Juan D. Perón en 1955, se publicaron una serie de obras que no sólo habilitaban el proceso de apertura hacia lo nacional y lo popular de las izquierdas, sino que introducían una lectura peculiar de la historia argentina. Nos referimos a *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* (1956) de Puiggrós y a *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (1957) e *Imperialismo y cultura* (1957) de Ramos y Hernández Arregui, respectivamente. No obstante lo que sugiere el título, Puiggrós prácticamente se dedicaba a cuestionar la trayectoria del Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista (PC) argentinos, centrado en lo que consideraba su incompreensión de la problemática nacional y, en particular, del peronismo.² Con todo, se puede decir tanto que sus diferencias con la dirigencia del PC no se tradujeron en una animadversión política hacia la Unión Soviética y, menos aún, hacia la tradición marxista, cuanto que su alineamiento político con el peronismo no tuvo repercusiones inmediatas en su lectura historiográfica o, a lo sumo, implicó adaptaciones paulatinas. La obra de Ramos conoció tanto reelaboraciones como reediciones, en las que rectificó algunos aspectos de sus lecturas previas. Se trata de una síntesis de la historia argentina a la luz de la lucha de la “nación” contra el “imperialismo”, que va en detrimento de un enfoque de clases y en la

² R. Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Argumentos, 1956. La obra ha estado sujeta a sucesivas ediciones, reelaboraciones y ampliaciones, y en su primera versión no llegaba hasta la década peronista.

que se pretendía convertir al peronismo en una etapa más de ese conflicto.³ De alguna manera, la obra también puede ser leída como una primera versión de la crítica sistemática que profirió al PS y –sobre todo- al PC.⁴ Por su parte, Hernández Arregui se centró en la producción literaria argentina del siglo XX desde una perspectiva generacional y cuestionando el papel del imperialismo a nivel cultural. Con todo, es posible observar su peculiar forma de aunar la labor revisionista y la crítica historiográfica: cuestionaba a la vez a las tendencias nacionalista y liberal -organizadas en torno a Rosas y a Mayo y Caseros, respectivamente-, al tiempo que las reconocía como meras “fracciones rivales de la burguesía nacional” y a los trabajadores como su “piedra de toque”, en alusión a las proyecciones de sus equívocos con el peronismo.⁵

³ Algunas continuidades con las lecturas de Juan B. Alberdi y José Ingenieros se observan en el antagonismo Buenos Aires-Litoral-Interior, o en su imagen negativa de la conquista y del orden colonial, en su presentación de las dos Españas, en la antítesis Austrias-Borbones, en su idea del influjo del liberalismo español, en la reivindicación de Moreno y los caudillos del litoral, y en su antimitrismo, entre otras cuestiones; así como ciertas rupturas en su condena de Rivadavia y en su equidistancia frente a Rosas – señalando su “capitalismo agrario”, pero también su “nacionalismo defensivo restringido, bonaerense”-; a lo que sumaba su apropiación del roquismo –en tanto “nacionalismo democrático”-; su opción por Yrigoyen frente a Alem y Alvear, y nuevamente su caracterización del peronismo como “bonapartismo” en la clave marxista del 18 *Brumario*. J. A. Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, pp.107, 214 y 438.

⁴ Como se vio agotada rápidamente, Ramos decidió publicar la última parte referida al primer peronismo en forma separada, bajo el título *Perón, historia de su triunfo y su derrota*. Allí, señalaba tanto la significación histórica progresiva del peronismo cuanto su carácter bonapartista. Ídem, *Perón, historia de su triunfo y su derrota*, Buenos Aires, Amerindia, 1959.

⁵ En cierta forma, su lectura de la historia nacional entre 1810 y 1853 giraba en torno de la lucha del interior contra Buenos Aires. Se destaca también la gravitación de Inglaterra en nuestra independencia política y posterior desarrollo en alianza con las elites nativas, así como en el –cuestionado– “descrédito hacia todo lo español”. No menos relevante parece la homologación de Rivadavia y Rosas –y, en menor medida, de Urquiza-, trazando un curioso paralelismo entre el “trust saladeril” de la época de Rosas y los futuros frigoríficos, en virtud del control por Inglaterra del comercio de carnes-; así como tampoco su aseveración acerca del carácter dual de Rosas en tanto provinciano y porteño, y sus efectos. En la medida que explicaba a Caseros por motivos económicos, también destacaba el legado de Rosas: el haber sentado las bases de la organización económica y política del país. Desde 1853 las condenas se repartían entre el mitrismo y el roquismo, mientras reivindicaba el accionar del caudillaje y las montoneras federales como defensa frente al avance conjunto de la “oligarquía nativa” y el capital inglés. También advertía sobre el sentido del “federalismo porteño”, y cuestionaba la “colonización mental” y su influjo en la inmigración. J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura (la política en la inteligencia argentina)*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, pp. 6-7, 10-12 y 15-16. Según recuerda Arturo Peña Lillo, la persecución política tuvo como correlato la marginación profesional y/o laboral, y la depresión para muchos simpatizantes peronistas. Al parecer, nuestro autor no fue una excepción –fue encarcelado tras haber sido implicado en el levantamiento del general Juan J. Valle-, pero su angustia se vio compensada entonces por la compañía y el estímulo de Ramos para que terminara la obra, que fue publicada por una editorial ligada a Ramos. A. Peña Lillo, *Memorias de papel. Los hombres y las ideas de una época*, Buenos Aires, Galerna, 1988, p. 90. Con respecto a las condiciones de recepción de la obra, nos interesa en particular el caso de Ortega Peña, que entonces militaba en el PC y preparó su crítica -aunque no fue publicada- para la revista *Mar Dulce*, porque entabló a partir de entonces una relación prácticamente discipular con Hernández Arregui. R. Ortega Peña, “Prólogo”, en J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Hachea, 1964, pp. 7-13.

En torno a 1960, la difusión de las ideas de la “izquierda nacional” también se vio favorecida por el lanzamiento de varios emprendimientos editoriales, y de publicaciones periódicas como *Columnas del nacionalismo marxista (CNM)* (1957),⁶ *Política* (1958 y 1961)⁷ y *El Popular* (1960).⁸ Tanto las publicaciones como las editoriales pueden ser pensadas como espacios de convergencia entre revisionistas, peronistas y ensayistas de izquierdas. En cualquier caso, resultan una manifestación más del complejo encuentro entre izquierdas, revisionismo y peronismo, y reflejan los equívocos a los que por entonces daban lugar el peronismo y la singular coyuntura histórica. Más allá de los límites que se pueden señalar respecto de las empresas editoriales a modo individual, lo importante es que se articularon tanto con emprendimientos similares (Amerindia, Coyoacán, Pampa y Cielo y, más tarde, Mar Dulce, Octubre, Patria Grande) como con proyectos intelectuales cercanos y/o diversos (Peña Lillo, Sudestada) y hasta contrapuestos.⁹ Ramos fue uno de los animadores del sello editorial Amerindia, por el cual vieron la luz obras no sólo de Hernández Arregui y de su propia autoría, sino de Spilimbergo. En ellas Spilimbergo presentó tanto una diferenciación entre el nacionalismo “oligárquico” y el “revolucionario”: el primero –en el cual se focalizaba-, como agente local del fascismo y el imperialismo, antiobrero, antidemocrático y al servicio de la dependencia económica, política y cultural, mientras que el segundo relacionado –aunque no sin límites- con el yrigoyenismo y el

⁶ Astesano fue el director de *CNM*, de la cual se publicaron tres números.

⁷ *Política* fue el nombre que recibió tanto la revista publicada bajo la dirección de Spilimbergo, como el semanario que vio la luz con la dirección de Ramos. Entre los colaboradores del segundo se destacan Spilimbergo, Hernández Arregui y Astesano. Nos interesan las reflexiones sobre el carácter y la perspectiva de la izquierda nacional del segundo, en la medida que ya ceñía su acción a una labor exclusivamente ideológica y no partidaria, y la basaba en la “comprensión del contenido nacional y revolucionario del peronismo”. J. J. Hernández Arregui, “Izquierda nacional y realidad argentina”, en *Política*, año I, (2ª época), n.º 1, 28 de febrero de 1961, p. 5.

⁸ Más allá de la asunción explícita de una posición nacional y popular, los artículos de la revista *El Popular (Hacia el pueblo por la verdad)* -bajo la dirección de Jorge García Zárate y la impronta de Carlos Strasser-, muestran miradas contradictorias que encuentran explicación en la procedencia política-ideológica heterogénea de sus colaboradores: Puiggrós, Astesano, Hernández Arregui, Ortega Peña y Ramos, entre otros. De hecho, en sus páginas se entabló una especie de “diálogo” –no sin vetas polémicas- entre Ramos y Hernández Arregui a propósito de la publicación de *La formación de la conciencia nacional* del segundo.

⁹ Según ha indicado Gustavo Sorá, fue como reacción ante el avance de unas disciplinas fuertemente connotadas con el proceso de renovación universitaria que buscaba desperonizar sus espacios, que en los años sesenta “se diferenció un polo opuesto con editoriales al servicio de una *sociología nacional* y de la recuperación del ensayo de cuño histórico”. G. Sorá, “Editores y editoriales de ciencias sociales: una capital específico”, en F. Neiburg y M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 265-292. La afirmación de Sorá no nos exime de señalar que algunos de los autores editados por Coyoacán y/o Peña Lillo también lo fueron por EUDEBA y el CEAL, como tampoco que estas últimas bajo la impronta de Boris Spivakow conocieron estrategias de difusión editorial similares a las de las primeras.

peronismo en tanto tradiciones populares y nacionales-; como un análisis crítico sobre la trayectoria del radicalismo argentino desde sus orígenes hasta sus días, donde únicamente rescataba a la figura de Yrigoyen y –con ecos de Ramos- defendía la “política liberal y progresista” del roquismo.¹⁰ Asimismo, es dable recordar el ascendiente de Ramos en la colección La Siringa, editada por Arturo Peña Lillo hacia 1959, que lanzó una serie de libros de bolsillo de Arturo Jauretche, Ernesto Palacio, Fermín Chávez, José M. Rosa, Esteban Rey, Alberto R. Belloni, Astesano y del propio Ramos, entre otros.¹¹ Sus ensayos no sólo versaron sobre la problemática nacional y latinoamericana, sino que compartieron el cuestionamiento a la historia “oficial”, llenando en su momento un vacío historiográfico y alcanzando gran repercusión.¹² Tras su alejamiento de Peña Lillo, Ramos lanzó la editorial Coyoacán por la cual vieron la luz casi cuarenta títulos “de bolsillo” de autores argentinos, latinoamericanos y europeos, entre 1960 y 1963. Mientras que algunos eran trabajos inéditos –de los que a lo sumo se conocían avances en publicaciones periódicas- como los de Spilimbergo, Astesano y Norberto Galasso, otros tantos eran selecciones y reediciones como los trabajos del propio Ramos.¹³ Otro tanto puede decirse de Pampa y

¹⁰ J. E. Spilimbergo, *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*, Buenos Aires, Amerindia, 1958, p. 16; y *De Yrigoyen a Frondizi. Apogeo y bancarrota del radicalismo*, Buenos Aires, Amerindia, 1959, p. 23.

¹¹ En sus memorias, Peña Lillo ha recordado a Ramos como un “polemista mordaz y temido” y una “brillante pluma”, con una imaginación “pasmosa” –al que disgustaba diciéndole que “hubiera sido el novelista más brillante de Latinoamérica”-, así como por sus relaciones fraternas con Jauretche, y -no exentas de tensiones- con Hernández Arregui y con él mismo; pero también como un oportunista y un inconsecuente. Al parecer, luego del éxito de *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* ambos proyectaron la publicación de una colección de pequeños libros, de frecuencia quincenal, a precios populares y de venta prevista en los quioscos de diarios y revistas, cuya lista de colaboradores hicieron informalmente en un café del que eran habituales. Con todo, no tardarían en aparecer problemas entre ambos editores. A. Peña Lillo, *Memorias de Papel. Los hombres y las ideas de una época*, op.cit., pp. 101-105.

¹² Entre los mismos se destacan *Historia Política del Ejército Argentino*, donde Ramos afirmaba el origen popular del ejército nacional, así como la existencia de dos tradiciones a lo largo de su historia: una, nacional y popular y, la otra, su antítesis, no sin precisar las diferencias entre los ejércitos imperialistas y los de los países semicoloniales como la Argentina y su “lucha por la frontera interior”; y *Rosas. Bases del Nacionalismo Popular*, en el que Astesano no sólo identificaba a Rosas con un capitalismo agropecuario, sino que caracterizaba a su gobierno como una dictadura progresista y popular. J. A. Ramos, *Historia Política del Ejército Argentino. De la Logia Lautaro a la industria pesada*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959, pp. 44-46 y 74-77; E. B. Astesano, *Rosas. Bases del nacionalismo popular*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1960, pp. 16-21, 44-46 y 67-69.

¹³ Reflexionando en torno a los recursos requeridos por los ejércitos libertadores –“gran operación militar capitalista”-, Astesano defendía su tesis acerca del carácter capitalista de la formación social argentina desde sus orígenes. E. B. Astesano, *San Martín y el origen del capitalismo argentino*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 61. Más allá de sus primeras reflexiones sobre la concepción marxista de la cuestión nacional –en términos de las relaciones entre la lucha nacional y el socialismo (*La revolución nacional en Marx*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961)-, Spilimbergo también se encargó de enjuiciar la trayectoria del PS con el objeto de desmitificar a la figura de Justo. J. E. Spilimbergo, *Juan B. Justo y el socialismo cipayo*, Buenos Aires,

Cielo, editorial por la que se publicaron compilaciones de escritos sobre el acontecer político –no sin alguna pretensión teórica- del propio Ramos; entre otros autores.¹⁴ En cuanto a la editorial Sudestada, fue creada a fines de 1965 a instancia de Ortega Peña y Duhalde con el objeto de difundir ensayos políticos e históricos tanto de su propia autoría como de otros ensayistas nacionalistas. Por Sudestada se publicaron obras como *Ejército y semicolonias* (1968) de Ramos y *El proletariado en la revolución nacional* (1968) de Puiggrós,¹⁵ pero también de nacionalistas católicos y/o filofascistas; entre otros autores. Sin negar ciertas diferencias y rivalidades, es posible afirmar que las empresas culturales examinadas guardan semejanzas en cuanto a los autores, los temas y los enfoques adoptados y, en consecuencia, su capital importancia para la circulación de ideas y la formación de círculos de sociabilidad intelectual. La literatura de la izquierda nacional también gravitó en las divisiones del PS, así como en sectores del nacionalismo. En cualquier caso, estuvieron lejos de ser las últimas aventuras en el mundo editorial de sus cultores y, en especial, de Ramos quien se embarcó en nuevos proyectos como Rancagua, Octubre y Mar Dulce, entre otros.

3. Controversias y disidencias

Coyoacán, s/f, pp. 19-20, 53 y 84. De hecho, no fueron las últimas diatribas de Spilimbergo contra el socialismo oficial y sus defensores. Véase J. E. Spilimbergo, *El Socialismo en la Argentina. Del socialismo cipayo a la izquierda nacional*, Buenos Aires, Mar Dulce, 1969, pp. 149-360. El trabajo está organizado en cinco partes: mientras que en la primera se reproduce, sin modificaciones, *Juan B. Justo y el socialismo cipayo*; las otras son reproducciones de artículos, ensayos, cartas, documentos programáticos y manifiestos aparecidos –o no- en la prensa del grupo. La obra se reeditó en dos tomos, sin cambios: *Juan B. Justo y el socialismo cipayo* y *De la izquierda cipaya a la izquierda nacional*, por Octubre, en 1974. Entre los jóvenes universitarios que entonces se sumaron a las huestes acaudilladas por Ramos se encontraba Galasso, que publicó por Coyoacán uno de sus primeros ensayos históricos, *Mariano Moreno y la revolución nacional*. Galasso no sólo se posicionaba a favor de la legitimidad del Plan de Operaciones atribuido a Moreno, sino que lo caracterizaba como la primera manifestación de un “nacionalismo revolucionario” con proyección latinoamericana –señalando las limitaciones de la burguesía nacional y la caducidad del nacionalismo burgués y posicionándose, por ende, en los debates contemporáneos-. Galasso presentaba una especie de línea nacional representada por Moreno, pasando por Monteagudo, Castelli, Dorrego, Quiroga, San Martín, Rosas, Alberdi, Peñaloza, Varela, López Jordán, Olegario Andrade, Carlos Guido Spano, Hernández, Ugarte e Yrigoyen hasta Perón. N. Galasso, *Mariano Moreno y la revolución nacional*, Buenos Aires, Coyoacán, 1963, pp. 14-17, 39, 67 y 89-97. También se publicó por el sello editorial Coyoacán -aunque formando parte de otra colección- *El Partido Comunista en la política argentina* de Ramos, entre otros trabajos. Con esta nueva obra Ramos intentó brindar una síntesis de la evolución del PC en la Argentina, desde sus orígenes hasta la década peronista, que al mismo tiempo le servía para volver a resaltar tanto la composición extranjera de su base social cuanto su dependencia de la política soviética. J. A. Ramos, *El Partido Comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962, pp. 53, 93, 148 y 219. La obra fue reeditada sin cambios con el título *Historia del stalinismo en la Argentina* (Buenos Aires, Mar Dulce, 1969).

¹⁴ En su marco se destaca el intento –equivocado- de historia social por parte de Astesano, en el que proponía un nuevo revisionismo y una periodización que iba desde el “comunismo indígena” hasta su tiempo. E. B. Astesano, *La lucha de clases en la historia argentina (1515-1964)*, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964, p. 10.

¹⁵ La primera edición de la obra de Puiggrós es la de Trafac, de 1958.

Si bien las ideas de la izquierda nacional-popular alcanzaron gran difusión alrededor de 1960, entonces también empezaron a manifestarse diferencias -y finalmente rupturas- en torno a las propuestas de una organización partidaria independiente y de una ubicación intraperonista. La brega de Ramos a favor de la organización partidaria independiente se concretó con la fundación del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), en junio de 1962, que asumió la tradición de *Frente Obrero* y la del PSRN.¹⁶ Hacia fines de 1963, se incorporaron al partido los integrantes del Frente de Acción Universitaria (FAU), el núcleo orientado por Laclau y en el cual predominaban los estudiantes de la FFyL de la UBA. Laclau pasó de inmediato a integrar la Mesa Ejecutiva del partido y, al poco tiempo, a dirigir sus publicaciones –el 30 de septiembre de 1964 reapareció *Lucha Obrera* (1964-1971)-, provocando una de las tantas escisiones que sufrió el PSIN. A fines de 1968, algunos ex miembros del FAU se desvincularon del partido, alegando su oposición al sectarismo, personalismo, ideologismo e hipertrofia de la propaganda. No fueron los últimos: entre 1970 y 1971, los siguió, entre otros, Galasso, al parecer, por causas semejantes.¹⁷ Aún bajo el influjo ideológico de la izquierda nacional, Laclau intervino en el debate sobre los modos de producción en Latinoamérica retomando la crítica de las posiciones circulacionistas, a partir de un análisis conceptual enfocado en las categorías de modo de producción y de sistemas económicos.¹⁸ Un diagnóstico similar puede hacerse acerca de la labor de Galasso, quien siguió suscribiendo –y reelaborando- los preceptos teóricos de la izquierda nacional así como su imaginario histórico.¹⁹

¹⁶ “La Izquierda Nacional ya tiene su partido”, en *Izquierda Nacional*, n.º 1, noviembre de 1962, s/n. A partir de noviembre el partido inició la publicación de la revista teórica *Izquierda Nacional* (1962-1964 y 1966-1976), bajo la dirección de Spilimbergo. En sus páginas no faltaron los intentos más tardíos de delimitar el espacio de la izquierda nacional, excluyendo del mismo a Ortega Peña, Duhalde, Puiggrós y Hernández Arregui por peronistas. Véase “Lecturas críticas”, en *Izquierda Nacional*, n.º 26, octubre de 1973, pp. 47-48. No dejan de ser llamativas, como ha señalado Norberto Galasso, las ausencias de quienes habrían juzgado prematuro el lanzamiento de un partido político -Hernández Arregui, el artista del “Grupo Espartaco” Ricardo Carpani, Alberto Belloni, ex integrantes de *Frente Obrero* y del PSRN, y algunos colaboradores de *El Popular* como Strasser y Puiggrós-. N. Galasso, *La Izquierda Nacional y el FIP*, Buenos Aires, CEAL, 1983, pp. 106-107.

¹⁷ Véanse N. Galasso, *La Izquierda Nacional y el FIP*, op. cit., pp. 123-124; y M. Bergel, M. Canavese y C. Tossounian, “Práctica política e inserción académica en la historiografía del joven Laclau”, en *Políticas de la Memoria*, n.º 5, Buenos Aires, verano 2004/2005, pp. 149-158.

¹⁸ E. Laclau (h), “Feudalismo y capitalismo en América Latina”, en C. Sempat Assadourian, C. F. Santana Cardoso, H. Cifardini, J. C. Garavaglia y E. Laclau, *Modos de producción en América Latina. Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 40, Córdoba, Pasado y Presente, mayo de 1973, pp. 23-46.

¹⁹ De hecho, durante la década de 1970 elaboró su *Manuel Ugarte* –así como prologó el volumen *La nación latinoamericana* (1978) de la Biblioteca Ayacucho-, donde conjugaba la denuncia de la defeción de las izquierdas tradicionales y de su desencuentro con la clase trabajadora, con la defensa de un socialismo

Pese a lo prometedor del título y a las indicaciones de Ramos sobre la necesidad de un conocimiento de la realidad económica y social del subcontinente, no se encuentra una investigación original sobre Latinoamérica en su *Historia de la nación latinoamericana*.²⁰ Aunque no faltaron los contactos, las diferencias entre Ramos y Puiggrós no se limitaron a un plano estratégico ni a su apreciación del comunismo local en relación con el stalinismo – una relación dominante para el primero y relativa para el segundo-. También se evidencian en su concepción de la unidad latinoamericana. De hecho, Puiggrós discrepó con la identificación de una “nación latinoamericana” negando tanto su realización en el pasado como su eventual viabilidad económica.²¹ Ahora bien, fue su caracterización como precapitalista –feudal- de la formación social del subcontinente durante la colonia la que adquirió mayor popularidad.²² La reorientación historiográfica de Astesano también se

auténtico, revolucionario, nacional y latinoamericano, cuya meta no sería solamente la liberación del yugo imperialista sino la reconstrucción de la Patria Grande. N. Galasso, *Manuel Ugarte*, Buenos Aires, EUDEBA, 1973, 2 tomos. En su interrogación en torno al socialismo nacional, destacaba la centralidad de la cuestión nacional y entendía que en el PS de Justo apareció un ala nacional representada por Ugarte; diferenciaba un nacionalismo democrático –encarnado por Ugarte, Yrigoyen y Perón- y otro reaccionario; y atribuía un carácter progresivo a la “revolución nacional-democrática” que suponía el peronismo, aunque no sin señalar sus límites y contradicciones. Ídem, *¿Qué es el socialismo nacional?*, Buenos Aires, Ayacucho, 1973, pp. 30-36, 42-53 y 68-105. Desde las páginas de *Izquierda Nacional* se adjudicaron la propiedad de sus ideas, lamentando que la gratitud intelectual no sea frecuente en política. Véase “Lecturas críticas: *¿Qué es el socialismo nacional?* de Galasso”, en *Izquierda Nacional*, n.º 28, febrero de 1974, pp. 46-48. Una inicial y duradera propensión por los esbozos biográficos se insinúa también en sus estudios sobre Raúl Scalabrini Ortiz y Felipe Varela.

²⁰ Antes bien, retomaba sus denuncias sobre los efectos adversos del proceso de “balcanización”, el programa bolivariano de unión continental y el de Trotsky sobre la necesidad de una confederación de los estados latinoamericanos, así como las reflexiones en torno a la cuestión nacional y el marxismo en clave leninista – “la contradicción entre nación dominante y nación oprimida” y su vinculación con la cuestión colonial y la lucha contra el imperialismo en los países atrasados-, no sin cuestionar el stalinismo. J. A. Ramos, *Historia de la nación latinoamericana*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1968, pp. 146, 489 y 569.

²¹ R. Puiggrós, *Integración de América Latina. Factores ideológicos y políticos*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965, pp. 19-80. Entonces, Puiggrós y Ramos mantuvieron cierto contacto epistolar relativo a editores y a la publicación de sus trabajos, en donde asimismo se evidencia el distanciamiento de Ramos con Hernández Arregui. Véanse “30/1/1965. A Jorge Abelardo Ramos (JAR) por Rodolfo Puiggrós (RP)”, “4/6/1965. A RP por JAR”, “10/6/1965. A JAR por RP” y “11/11/1965. A JAR por RP”, en http://jorgeabelardoramos.com/cartas_puiggros.php Los principales artículos periodísticos de Puiggrós sobre la situación latinoamericana fueron compilados en: R. Puiggrós, *América Latina en transición*, Buenos Aires, Juárez Editor, 1969, 2 vols.

²² En la recordada polémica de mediados de los años sesenta con André Gunder Frank sobre el modo de producción dominante en la historia latinoamericana, Puiggrós persistía en la tesis feudal y sus corolarios políticos, esto es, la eventualidad de una “revolución democrático-burguesa” y una alianza con la burguesía nacional contra el imperialismo y la oligarquía, mientras que Frank sostenía el carácter tanto capitalista como dependiente de la economía latinoamericana, favoreciendo la lucha directa por el socialismo. R. Puiggrós y A. Gunder Frank, “Polémica: los modos de producción en Iberoamérica”, en *Izquierda Nacional* n.º 3, octubre de 1966, pp. 38-62. El debate entre Puiggrós y Gunder Frank tuvo su epicentro en el suplemento dominical *El Gallo Ilustrado*, del periódico *El Día* de México. Solamente quisiéramos recordar que los postulados de Puiggrós fueron defendidos y, en parte, retomados tanto por Ramos como por Laclau.

manifiesta en su abierta oposición a la tesis feudal y en su intento de inscribirse en las filas del llamado revisionismo histórico. En torno a los años sesenta no sólo ingresó al Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” (IIHJMR), donde brindó conferencias y colaboró en sus publicaciones, sino que intentó asimilarse a la historia rosista a través de la recuperación de Rosas como representante del capitalismo agrario y defensor del proteccionismo y de los intereses económicos nacionales.²³ Como en parte se ha señalado, la situación de Hernández Arregui empeoró luego del derrocamiento de Perón.²⁴ Con todo, hacia 1960 vio la luz *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)* -quizá su obra más influyente-, donde comenzaba por denunciar el dominio tanto material como sobre todo cultural-ideológico –e incluso historiográfico- de la elite terrateniente, su liberalismo, su responsabilidad en el atraso argentino y la connivencia de los inmigrantes. En cierta forma, la obra está dedicada a condenar tanto a las izquierdas –PS y PC- por su falta de conciencia nacional, como al “nacionalismo de derecha” por su extrañamiento del pueblo.²⁵ En 1963 fue el turno de *¿Qué es el ser nacional?*, donde el autor advertía acerca del tono polémico de la obra y la presencia de conceptos y problemas que -aunque ampliados- ya había desarrollado en trabajos anteriores como el de “alienación cultural”, y la crítica a la Universidad y a los intelectuales por su falta de compromiso frente a la realidad nacional. Al mismo tiempo, reivindicaba al marxismo como método de investigación, y hacía

²³ Así como había presentado a San Martín y Rosas como adalides del capitalismo y el nacionalismo, Astesano creyó oportuno mostrar al gaucho en sus múltiples facetas y caracterizar al poema de José Hernández como un manifiesto de la injusticia social y “el primer poema trascendente del movimiento obrero”, relacionando la emergencia de la clase trabajadora con las tareas rurales que los gauchos desarrollaban en las estancias y saladeros, y no con la irrupción de la inmigración transatlántica. E. B. Astesano, “Martín Fierro”, en *Bases históricas de la doctrina nacional. San Martín, Rosas y el Martín Fierro*, Buenos Aires, EUDEBA, 1973, p. 180. La primera edición es la de Relevo, de 1963.

²⁴ Ante la retirada de Aramburu y el triunfo de Frondizi, Hernández Arregui volvió a la crítica periodística, sobre todo en las revistas *Qué sucedió en siete días* (1955-1959), y luego en *Santo y seña* (1959-1960).

²⁵ Con todo, intentaba deslindar un nacionalismo que, a diferencia del anterior, consideraba popular y democrático y que, en su momento, Perón habría representado. Asimismo, realizaba un pormenorizado análisis de los posicionamientos del grupo forjista. A diferencia de las izquierdas y el nacionalismo de derecha que se opusieron tanto al yrigoyenismo como al peronismo, FORJA habría oficiado de “puente histórico” entre ambos movimientos populares. Prácticamente los dos últimos capítulos están dedicados a los alcances y en menor medida los límites del peronismo, a su caída, y a las interpretaciones equívocas del fenómeno peronista por parte de las izquierdas, no sin advertir acerca del desarrollo de una “izquierda nacional” –al tiempo que se atribuía la autoría del término-. Por último, postulaba una función progresiva –“anticolonialista”- tanto para la Iglesia como sobre todo para el Ejército; acaso como una invitación a reeditar la alianza peronista. J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, Hachea, 1960, pp. 46-267, 310, 401, 485 y 500. El libro está dedicado a Scalabrini Ortiz que había fallecido recientemente y cuenta con ilustraciones de Carpani.

explícita su adscripción al peronismo.²⁶ Ahora bien, a partir de su defensa de una ubicación intraperonista para la izquierda nacional-popular y del intento de Ramos de arrogarse su representación -no sólo- política, Hernández Arregui mostraría reparos y reticencias en su patrocinio e identificación con la corriente.²⁷ Aunque efímera, la experiencia de CONDOR (Centros Organizados Nacionales de Orientación Revolucionaria) en 1964, encarnó su propuesta de creación de centros ideológicos, no partidarios.²⁸ Sus vínculos no fueron menos problemáticos con el nacionalismo. Quizá sirva recordar, por un lado, que nunca formó parte del IHHJR y, por otro lado, que sus obras consideradas más importantes – como *Imperialismo y cultura* y *La formación de la conciencia...* – fueron reeditadas por el sello editorial Plus Ultra de indudables conexiones con el nacionalismo.

4. Definiciones

Durante el invierno y la primavera de 1971, el PSIN intentó estructurar un “frente de izquierda nacional”. Gracias a las gestiones de Ramos y Spilimbergo, entre otros, en diciembre de 1971 se fundó el Frente de Izquierda Popular (FIP), cuyo órgano fue *Izquierda Popular* (1972-1976).²⁹ Por lo menos, desde comienzos de la década, el grupo que se nucleaba en torno a Ramos venía planteando un “revisionismo histórico socialista”,

²⁶ J. J. Hernández Arregui, *¿Qué es el ser nacional? (La conciencia histórica hispanoamericana)*, Buenos Aires, Hachea, 1963, pp. 12 y 14. Si bien reconocía cierto predominio del “tema nacional”, es en esta obra que asume una perspectiva más claramente continental, pronunciándose a favor de la unidad de Latinoamérica en una confederación de naciones.

²⁷ Desde las páginas de las publicaciones periódicas del “grupo” de Ramos lo tildaron de “peronista” -en lo que entendían como una descalificación-, negaron su carácter de “marxista” y su inclusión en la “izquierda nacional”, y hostigaron a sus discípulos Ortega Peña y Duhalde en calidad de ex comunistas y de peronistas. Véanse “La izquierda nacional y sus amables interlocutores. Revista de la prensa no adicta”, en *Izquierda Nacional*, n.º 6, abril de 1964, pp. 21-24; y “Lecturas críticas”, *Ibidem*, n.º 26, octubre de 1973, pp. 47-48. Con todo, también dieron cuenta de su fallecimiento en 1974, señalando sus enseñanzas y contribuciones al pensamiento popular. “Hernández Arregui”, en *Izquierda Popular*, año III, n.º 41, segunda quincena de septiembre de 1974, p. 4.

²⁸ Hernández Arregui colaboró en su organización junto con otros intelectuales peronistas y de la izquierda nacional, como Ortega Peña, Duhalde y Oscar Balestieri, y Carpani, Belloni, Rubén Bortnik y Rubén Borello, respectivamente. Según su propio manifiesto –al parecer, escrito por Hernández Arregui-, se proponían contribuir al “proceso de nacionalización” de sectores de la “clase media”, en gran parte mediante una “revisión de la historia argentina” que devolviera el protagonismo histórico a las masas y diera cuenta de los vínculos entre las montoneras federales y el proletariado industrial. Si bien el grupo eligió hacer su primera aparición pública el 4 de junio de 1964 –una fecha por demás simbólica- colgando un retrato de Felipe Varela –realizado por Carpani- al cuello de Mitre en el monumento de Plaza Francia, al poco tiempo se disolvió por desavenencias. *C.O.N.D.O.R (Manifiesto preliminar al país)*, Buenos Aires, CONDOR, 1964, s/n. Entonces, Carpani, Belloni y Bortnik lanzaron los dos únicos números (de julio de 1964 y marzo de 1965) de la revista *Programa para los Estados Unidos Socialistas de América Latina (PEUSAL)*; y en la década de 1970, Carpani, acompañado por Laclau, entre otros, publicó los *Cuadernos del Socialismo Nacional Latinoamericano Revolucionario (CSNLR)*.

²⁹ “El PSIN lanza la idea de un Frente de Izquierda Popular”, en *Izquierda Nacional*, n.º 17, octubre-noviembre de 1971, pp. 2-4.

etiqueta utilizada quizá con el objeto de aprovechar la popularidad de la empresa revisionista y a la vez de diferenciarse del revisionismo rosista.³⁰ En Ramos se observa tanto la eficacia de la consigna de la “patria grande” –pensada a la vez como realidad, proyecto y porvenir- aunque sin presentar un sustrato histórico original, como la relevancia de la propuesta de un marxismo latinoamericano orientado al nacionalismo popular, antiimperialista y en oposición a las teorías y modelos eurocéntricos.³¹ De modo similar a Ramos, Astesano cuestionó el “eurocentrismo” del marxismo, pero propuso la superación del materialismo histórico por el “nacionalismo histórico” y postuló un revisionismo histórico “universal” basado en la tesis de una suerte de socialismo originario, cuyo modelo sería el “socialismo imperial de los Incas”.³² A su regreso de México, Puiggrós se dedicó a reelaborar la *Historia crítica de los partidos políticos* y, hasta cierto punto, sus trabajos previos al '55.³³ Por otra parte, se adentró en la problemática política de su tiempo,³⁴

³⁰ En el volumen colectivo que lleva aquél nombre adquieren protagonismo las consideraciones de Spilimbergo sobre la economía virreinal y las ideas económicas de la generación pre-revolucionaria –el “programa de la revolución nacional burguesa” y la falsa antinomia monopolio-librecambio-; la defensa de la soberanía nacional por San Martín y la soberanía popular por Dorrego; y el asesinato de Güemes pergeñado por la oligarquía salteña en connivencia con el invasor realista y sus efectos adversos para la empresa liberadora de San Martín; en lo que parece tanto un ensayo de rehabilitación de los caudillos del interior como de construcción de una tradición revolucionaria, nacional y popular. J. E. Spilimbergo, “La economía virreinal y las ideas proteccionistas en el Río de la Plata”, “San Martín, Dorrego: solo el pueblo es fundamento de independencia nacional” y “Güemes y la *gente decente* de Salta”, en AA.VV., *El revisionismo histórico socialista*, Buenos Aires, Octubre, 1974, pp. 19-101. Entre tanto, Spilimbergo había dado una forma más acabada a su *Historia crítica del radicalismo*, una obra que reúne sus escritos y artículos de diferentes épocas sobre el tema, y que abarca desde los orígenes de la UCR hasta el partido de sus días bajo el influjo de Ricardo Balbín y Raúl Alfonsín. De su requisitoria sólo eximía –hasta cierto punto- al radicalismo yrigoyenista al adjudicarle una impronta revolucionaria y un nacionalismo democrático aunque defensivo. J. E. Spilimbergo, *Historia crítica del radicalismo (1890-1974)*, Buenos Aires, Octubre, 1975 (3° edición), pp. 90-91. Ediciones parciales de la obra se publicaron en 1955 y en 1959.

³¹ J. A. Ramos, *El marxismo de Indias*, op. cit., pp. 183-203; y *Marxismo para latinoamericanos*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. 111-154 y 205-290. Con todo, en Ramos no dejaron de ser preeminentes sus inquietudes sobre la coyuntura política argentina, como lo evidencian sus últimos trabajos del período: *La lucha política en un país semicolonial* (Buenos Aires, Rancagua, 1974), así como el volumen colectivo sobre *El Cordobazo* (Buenos Aires, Octubre, 1974).

³² E. B. Astesano, *Nacionalismo histórico o materialismo histórico*, Buenos Aires, Pleamar, 1972, pp. 11-12 y 204-206. Buena parte de estos argumentos fueron retomados en *Historia socialista de América*, donde pugnaba por un revisionismo histórico “americano” y/o “tercermundista” y un enfoque socio-económico, así como volvía sobre la tesis capitalista de la formación social americana inducida por el colonialismo, y del comercio libre como “muerte de la industria hispanoamericana” y origen de la resistencia montonera. Ídem, *Historia socialista de América*. Buenos Aires, Relevo/Pleamar, 1973, pp. 7, 10 y 87.

³³ Nos referimos a trabajos como *De la colonia a la revolución* (1940), *Los caudillos de la revolución de mayo* (1942) e *Historia económica del Río de la Plata* (1945), que fueron reeditados luego de 1955 con cambios que, en principio, pueden ser considerados menores. Tal como ha problematizado Fernando Devoto, en general las modificaciones introducidas no alteraron el sustrato de las obras, con la excepción relativa de la quinta edición (1969) del primer trabajo, en la que se suprimió del título del primero capítulo la palabra “feudal”, entre otras operaciones, aunque estuvo lejos de suscribir la tesis capitalista de la conquista y

estrechando sus vínculos con la izquierda peronista y, finalmente, afiliándose al partido. Durante el final del onganiato, Hernández Arregui publicó *Nacionalismo y liberación (Metrópolis y colonias en la era del imperialismo)*, en cuya introducción reflexionaba en torno al nacionalismo y el marxismo, en un intento por demostrar su compatibilidad. En su afán por deslindar un “nacionalismo reaccionario” de un “nacionalismo revolucionario”, y un marxismo determinista de un marxismo humanista, nos brindó definiciones de ambos. En suma, intentaba conjugar su adhesión al marxismo y su opción por el peronismo.³⁵ Sólo tres años después, en 1972, publicó *Peronismo y Socialismo*,³⁶ y un año más tarde lanzó la revista homónima. Al parecer, Hernández Arregui no fue ajeno al desconcierto que el posicionamiento de Perón generó en los sectores juveniles y de izquierda del movimiento, y decidió publicar nuevamente la revista, pero con un nuevo nombre: *Peronismo y liberación* (1974).³⁷ Su trayectoria se vio sumida en el dilema de haber sido considerado – generalmente y no sin simplificaciones- un hombre de izquierda –“un marxista”- por los peronistas y un “nacionalista” por las izquierdas.³⁸

colonización española de América. F. Devoto, “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”, en F. Devoto y N. Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, op. cit., pp. 115-116. En la segunda edición (1971) de *Los caudillos...* se advierten ampliaciones y reelaboraciones con el objetivo de revalorizar las montoneras y los caudillos del litoral, de Artigas a Ramírez y López, en clave antimitrista.

³⁴ Nos referimos a la compilación de comentarios políticos y socio-económicos titulada *Argentina entre golpes* (Buenos Aires, Carlos Pérez, 1969), y/o la requisitoria *Adónde vamos argentinos* (Buenos Aires, Corregidor, 1972).

³⁵ J. J. Hernández Arregui, *Nacionalismo y liberación (Metrópolis y colonias en la era del imperialismo)*, Buenos Aires, Hachea, 1969.

³⁶ Se trata de un nuevo ensayo, que, según sus biógrafos y el mismo autor, se diferencia de sus trabajos anteriores por el estilo más llano –“un lenguaje más bien periodístico”-, el público al que resueltamente fue dirigido –“los trabajadores”- y una relativa justificación de la violencia; aunque no tanto por la temática centrada en el peronismo y las disyuntivas de su presente, o por la apuesta a la convergencia entre nacionalismo y socialismo. Ídem, *Peronismo y socialismo*, Buenos Aires, Corregidor, 1973, p. 96.

³⁷ Ambas revistas fueron efímeras: sólo se publicó un número, en septiembre de 1973 y agosto de 1974, respectivamente. Mientras que en la primera, con una ilustración de Carpani en la tapa, en una serie de notas se recordaba a John W. Cooke; en la segunda, con una foto de Perón, se hacía lo mismo pero con Scalabrini Ortiz. Véanse Consejo Editorial, “Editorial”, en *Peronismo y socialismo*, n.º 1, septiembre de 1973, pp. 4-7; y C. de R., “Aclaración sobre el cambio de nombre de nuestra revista” y “La liberación nacional y las definiciones socialistas”, en *Peronismo y liberación*, año 1, n.º 1, agosto de 1974, p. 5-7.

³⁸ Asimismo, en la medida que no tuvo concesiones con el rosismo -excepto por su concepción de la política de Rosas como “no antinacional”-, y que tampoco suscribió el paralelismo entre Rosas y Perón -que en buena medida habían difundido los opositores al peronismo en el gobierno-, y analizó a Perón y al peronismo en estrecha relación con los sectores obreros, sus relaciones con los revisionistas “tradicionales” fueron complejas. Sus discípulos Ortega Peña y Duhalde, en cambio, estuvieron más dispuestos a arreglos y adecuaciones, aunque no sin tensiones. Es sabido que sus obras fueron bibliografía obligatoria en las llamadas “cátedras nacionales” de la carrera de Sociología de la FFyL de la UBA. Tal vez otro motivo interesante de reflexión –que excede nuestros propósitos- pueda ser su influencia en las lecturas del pasado nacional de las organizaciones armadas –a las que por cierto nunca se sumó-.

Si desde la perspectiva historiográfica que asumimos las trayectorias de Ortega Peña y Duhalde tienden a confundirse, no lo hacen menos en su adscripción al peronismo de izquierda.³⁹ Entre tanto, colaboraron en publicaciones periódicas como *El Popular* y *Compañero* (1963-1966), participaron en la creación de CONDOR, fundaron el Centro de Estudios Históricos Felipe Varela (CEHFV) –el 17 de octubre de 1964–, editaron la revista *La Unión Americana* (1965),⁴⁰ y crearon la editorial Sudestada.⁴¹ Asimismo, dirigieron las revistas *Militancia Peronista para la Liberación (MPL)* (1973-1974), abierta a los sectores revolucionarios dentro del peronismo, que luego de ser clausurada pasó a denominarse *De Frente con las Bases Peronistas* (1974), referenciándose en Cooke. Así como sus textos políticos estuvieron plagados de referencias al pasado y de analogías históricas, su labor historiográfica tuvo como objetivo la recuperación de la tradición federal en clave popular y antiimperialista. Esto es, del papel de los caudillos federales y, en especial, de las masas populares en el siglo XIX en su lucha contra el imperialismo y las elites locales, en una operación en la que pasado y presente tendían a confundirse: las luchas de las montoneras y sus caudillos eran asimiladas a las luchas por la liberación nacional de su tiempo. Ahora bien, pese a reconocer el protagonismo histórico de las masas, en sus trabajos se centraron básicamente en los caudillos. Se trata en conjunto de una producción ensayística de corte revisionista, que más que rosista –cuya defensa también encarnaron– fue antirrivadaviana, antimitrista y antisarmientina; que trasunta un marxismo retórico y la instrumentalización de la teoría leninista del imperialismo –retrotrayendo la penetración imperialista a la década

³⁹ Con todo, mientras que el primero pasó fugazmente por el radicalismo frondicista y la FJC, el segundo militó en el humanismo del MUR y se contactó con grupos trotskistas como Palabra Obrera y Praxis. Sobre Ortega Peña y Duhalde, véanse A. Eidelman, “Militancia e historia en el peronismo revolucionario de los años 60: Ortega Peña y Duhalde”, op. cit.; F. Nigra, “Cargando fusiles con ideas: acerca de la producción historiográfica de Ortega Peña y Duhalde”, op. cit., pp. 130-159; y F. Celesia y P. Waisberg, *La ley y las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Buenos Aires, Aguilar, 2007.

⁴⁰ R. Orteña Peña - E. L. Duhalde - “Comisión Ejecutiva del `CEHFV””, “Declaración del CEHFV”, en *La Unión Americana*, año 1, n.º 1, mayo de 1965, p. 2. La revista *La Unión Americana*, en tanto órgano del CEHFV adherido a CONDOR y con el subtítulo “*Naidés más que nadie* (Lema montonero)”, contó con tres números publicados entre mayo y agosto de 1965, llevando en su primera portada un retrato de Rosas. Una mención especial merece la sección “Supuestos Ideológicos de la Historiografía Argentina”, donde debatieron las posiciones de Ingenieros, Mitre y Justo. Véanse, “Supuesto Ideológicos de la Historiografía Argentina”, en *Ibidem*, año 1, n.º 1-3, mayo- julio/agosto de 1965, pp. 14-16, 2-3 y 36-37.

⁴¹ Más allá del peronismo, mostraron cierta apertura a las izquierdas tanto integrando el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) como colaborando en publicaciones como el semanario *Nuevo Hombre* (1971-1974) o el diario *El Mundo* (1973-1974) del PRT.

de 1820 a través de la banca británica-;⁴² plena de denuestos contra la llamada “historia oficial del liberalismo” y, en general, acompañada de apéndices documentales; volcada a la recuperación de la figura de Varela; y con algunas notas originales como el estudio del folklore argentino, en busca de una historia “desde abajo” –finalmente malograda- a partir de la cultura popular, un tema también desarrollado por Hernández Arregui. La atención singular que recibió el caudillo catamarqueño se refleja en los cinco trabajos que le dedicaron: desde aquél en el que advertían acerca del plan imperialista británico en el subcontinente en la década de 1860 –a través de la diplomacia y la banca-, y consideraban el pronunciamiento varelista y la paz con el Paraguay como una respuesta frente a la agresión imperialista y el servilismo mitrista –que habría asegurado la “penetración británica”; pasando por las reproducciones de los principales cantares populares de la montonera varelista, de su *Manifiesto* de 1868, y de los procesos judiciales y sentencias dictadas con motivo de la toma de Salta en 1867; hasta un singular reportaje imaginario sobre su “Cruzada Libertadora” y la actualidad política local para el cual utilizaron los conceptos vertidos por Varela en sus proclamas y documentos.⁴³ También fueron objeto de sus cavilaciones las figuras de Dorrego, y Quiroga –presentando tanto su pronunciamiento como una manifestación de resistencia nacional, cuanto su asesinato como un complot francés-unitario del equipo rivadaviano-, así como de Mariano Moreno –considerándolo un utopista abstracto-, y de San Martín y Rosas, procurando mostrarlos como adalides del “nacionalismo americano” y jalones de una línea política nacional.⁴⁴

⁴² R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Baring Brothers y la historia política argentina (La banca británica y el proceso histórico nacional de 1824 a 1890)*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1974 (3° edición). La obra está dedicada a Scalabrini Ortiz. La primera edición es de Sudestada, de 1968.

⁴³ Ídem, *Felipe Varela contra el Imperio británico (Las masas de la Unión Americana enfrentan a las potencias europeas)*, Buenos Aires, Sudestada, 1966, pp. 94 y 114; *Folklore argentino y revisionismo histórico (La montonera de Felipe Varela en el cantar popular)*, Buenos Aires, Sudestada, 1967, p. 10; “El manifiesto de Felipe Varela y la cuestión nacional”, en *Manifiesto del Jeneral Felipe Varela a los pueblos americanos sobre los acontecimientos políticos de la República Argentina en los años 1866 y 1867*, Buenos Aires, Sudestada, 1968, pp. 17-36; “Felipe Varela y la toma de Salta (la epopeya montonera y la deformación histórica liberal)”, en *Proceso a la montonera de Felipe Varela por la toma de Salta*, Buenos Aires, Sudestada, 1969, pp. 37-38; y *Reportaje a Felipe Varela*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969, p. 61.

⁴⁴ Ídem, *El asesinato de Dorrego (Poder, oligarquía y penetración extranjera en el Río de la Plata)*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1965, pp. 9 y 35. En la obra, dedicada a Valle y Vallese como mártires del peronismo y a Hernández Arregui como amigo y maestro, no se privaban de marcar el paralelismo entre las figuras de Valle y Dorrego. Ibídem, p. 73. Ídem, *Facundo y la montonera (Historia de la resistencia nacional a la penetración británica)*, Buenos Aires, EPN, 1999, pp. 17-155 (Primera edición: Plus Ultra, 1968); “Mariano Moreno, utopía y revolución”, en C. Astrada (comp.), *Claves de historia argentina*, Buenos Aires, Merlín, 1968, pp. 181-198; y “San Martín y Rosas: la línea nacional americana”, en *San Martín y Rosas. Política nacionalista en América*, Buenos Aires, Sudestada, 1968, pp. 9-15. A través de un breve trabajo dedicado al análisis de las

El recorrido anterior nos permite hacer una serie de observaciones. En primer lugar, destacar la centralidad que tuvo en la construcción de la visión del pasado de la izquierda nacional y el peronismo de izquierda la apelación general a una serie de antagonismos: nación-imperialismo, pueblo-oligarquía, y las asociaciones derivadas: nación-pueblo e imperialismo-oligarquía. El tema de la dependencia asociado a la denuncia del influjo del imperialismo, preferentemente británico, fue asimismo recurrente y adquiere una relevancia singular en aquellos que lo convirtieron en la clave de su interpretación histórica (Ortega Peña, Duhalde y, junto con otras claves, Hernández Arregui). Otro antagonismo que asoma con fuerza en el caso del grupo de Ramos: el que enfrenta a Buenos Aires con los llamados Interior y Litoral no tuvo, en cambio, una aceptación tan generalizada (la sostuvo sí Hernández Arregui). Pese a ciertas aspiraciones dieron forma a una historia básicamente política, con ensayos de historia cultural y de las ideas (Hernández Arregui) y que, en general, no resolvió la tensión masas-caudillos. La crítica a los partidos de las izquierdas tradicionales también estuvo muy difundida (Puiggrós, Ramos, Hernández Arregui, Spilimbergo), aunque deben destacarse las apreciaciones diferentes de los dos primeros respecto del stalinismo y el PC. La crítica contra la historiografía llamada con indistinción “liberal” u “oficial” fue otro punto de contacto. En principio, la requisitoria se extendió al revisionismo histórico, pero con el tiempo su posición osciló entre los acercamientos acomodaticios y los intentos de superación. A pesar de la operación bastante generalizada de recuperación de los caudillos federales, no faltaron las prevenciones frente a Rosas (Ramos, Hernández Arregui y Puiggrós) ni la adhesión –más o menos consecuente- al rosismo (Astesano, Ortega Peña, Duhalde). Esta última no puede subsumirse sin más a sus

distintas formas de abordar las guerras civiles posteriores a Pavón, intentaron mostrar los supuestos ideológicos y los modelos de investigación aplicados por algunas corrientes historiográficas argentinas, así como también propusieron una nueva metodología de inspiración revisionista que daba prioridad a la participación de las masas populares y de las potencias extranjeras en la explicación de nuestra historia. Así, pues, señalaban la dependencia con respecto al “esquema alberdiano” de Ramos, la vigencia de la interpretación sarmientina en Leonardo Paso, y el carácter de antihistoria liberal y el apego a la figura del caudillo en el revisionismo histórico. Ídem, *Las guerras civiles argentinas y la historiografía*, Buenos Aires, Sudestada, 1967, pp. 11-15, 17-18, 23-25, 27-28, 30-33, 36-38 y 41-42. En realidad, Ortega Peña y Duhalde fueron miembros del Consejo Superior –creado en 1970- del IJHMR y colaboradores frecuentes en el *Boletín* institucional (*BIJMRIH*), pero tanto su recuperación de los caudillos del interior como su interpretación de la Guerra del Paraguay generaron importantes polémicas entre sus animadores. J. Stortini, “Polémicas y crisis en el revisionismo argentino: el caso del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” (1955-1971)”, en F. Devoto y N. Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, op. cit., pp. 90-98.

alineamientos peronistas. También se pueden tensionar las relaciones entre sus posiciones políticas e historiográficas: en general, los realineamientos y distanciamientos políticos no conllevaron giros historiográficos inmediatos (Puiggrós, Laclau, Galasso), aunque tampoco faltan excepciones (Astesano, Ortega Peña y Duhalde). Respecto de las operaciones de recuperación, autofiliación y/o construcción de tradiciones, se puede decir que, en general, compartieron el rescate del caudillismo del siglo XIX, y que algunos hicieron de él el centro de su operación historiográfica (Ortega Peña y Duhalde). Otros también pusieron la mira en la figura de Ugarte (Ramos, Galasso) o en la experiencia de FORJA (Hernández Arregui). Justamente la distinción entre un nacionalismo revolucionario y otro reaccionario ocupó también su atención (Hernández Arregui, Spilimbergo, Galasso) y la propuesta de un marxismo latinoamericano (Ramos). La asunción de la unidad latinoamericana también contó con un amplio consenso, aún con las prevenciones de Puiggrós. No casualmente fueron quienes tenían un pasado de militancia comunista los que asumieron la polémica sobre los modos de producción en Latinoamérica, aunque desde posiciones antagónicas: la tesis feudal (Puiggrós) frente a la tesis capitalista (Astesano), y sus proyecciones políticas y contradicciones. Otro objeto de polémica fue la visión positiva del roquismo que difundió Ramos. Por último, quisiéramos hacer referencia a sus diferentes y tan transitadas interpretaciones del primer peronismo que fueron desde su caracterización como un bonapartismo burgués (grupo de Ramos), hasta las que se identificaron con él (Hernández Arregui) o lo postularon como un movimiento de liberación nacional (Cátedras Nacionales) sin teoría revolucionaria (Puiggrós).